

(XIV)

## ORIO SALADRIGUES BRUNET

ROMA, UNA CIUDAD EN LOS OÍDOS

En este texto proponemos un recorrido auditivo en relación con ciertos lugares de la ciudad de Roma. En primer lugar, animaremos al lector a poner en práctica un tipo de escucha, la escucha reducida, que representó un giro copernicano en el pensamiento musical a mediados del siglo XX. En segundo lugar, hablaremos de la relación entre el sonido y el espacio físico en el que éste se produce. Y para concluir, propondremos unas ubicaciones de la ciudad de Roma, en las que nos parece que la experiencia auditiva, en relación a lo explicado, puede tener un interés especial.

### La escucha reducida

Se ha dicho de la música que es sonido organizado en el tiempo y, dado que no es lo mismo organizar los libros de una biblioteca que organizar el tráfico de una ciudad, parece razonable pensar que el primer paso para acercarse a la música debería ser, precisamente, la exploración del sonido. Más tarde, en todo caso, podemos preguntarnos acerca de las cualidades que debe tener un sonido para ser considerado musical, algo que en cierta manera es una paradoja, puesto que son precisamente las cualidades inherentes al sonido las que pueden ser elaboradas musicalmente, y por ello, las que definen los límites de lo musical. Dicho de otra manera: toda acotación del mundo sonoro que nos rodea que tuviera por misión seleccionar aquellos materiales que pueden utilizarse en la música, no sería más que un salvaje estrangulamiento de las posibilidades musicales mismas.

Lo primero es, pues, el sonido. ¿Cómo podemos acercarnos a él? La respuesta parece evidente, pero esconde una sutileza: a través de la escucha. Esconde una sutileza porque, cuando escuchamos, no sólo recibimos el sonido de nuestro entorno, sino que también lo interpretamos. Por un lado, se produce un fenómeno fisiológico por el que oímos lo que sucede en nuestro entorno, es decir, percibimos; y por el otro se activa un proceso cognitivo por el cual damos un significado a lo percibido, es decir, apercebimos. Esto en realidad es así para los cinco sentidos. Pero separar una cosa de la otra no es tarea fácil, puesto que generalmente, cuando oímos un sonido, pensamos de manera automática en el objeto o concepto al que éste nos remite. Por ejemplo, el rugir de un león nos hace pensar en peligro o en el león mismo y el sonido de un avión nos hace pensar en viajar o en el avión mismo; son significados que de alguna manera van incluidos en la presencia de ese sonido, pero que tienen que ver más con la fuente o con lo que esa fuente significa para nosotros que con el sonido mismo. Por ello, si se diera el caso de que el rugir del león hubiera sido siempre como el canto de los pájaros, sería al oír los pájaros cuando pensaríamos en peligro, aunque el sonido de ese canto no tenga nada que ver con el rugido del león. Por todo ello, cabría decir que para apreciar un sonido cualquiera, para escucharlo realmente, debemos dejar de considerarlo como un intermediario entre el mundo físico que nos rodea y el mundo de las ideas, dejar de pensar en sus causas y en sus consecuencias, y observarlo como principio y fin de nuestro recorrido. De ésta manera, el sonido pasa a ser un objeto, un objeto sonoro, con sus cualidades propias y su significado propio.

Se dice, por ejemplo, que Pitágoras se escondía detrás de una cortina para que sus discípulos pusieran más atención en su voz que en su presencia, es decir, les privaba de la visión de la fuente para facilitarles la escucha, proponiéndoles lo que se llama una experiencia acústica. En realidad, cuando escuchamos un disco, estamos teniendo una experiencia acústica, puesto que no podemos ver a los músicos que tocan. Ahora bien, si además de no estar viendo a los músicos nos olvidamos de ellos, es decir, si evitamos imaginar (visualizar) a los músicos tocando, si dejamos de pensar que eso es una guitarra y eso otro una voz, si olvidamos incluso que el texto entonado por el cantante tiene un significado y evitamos pensar en aquello de lo que nos habla, entonces estaremos practicando lo que Pierre Schaeffer definió a finales de los 60 como *escucha reducida* (*écoute réduite*). La experiencia acústica es, simplemente, una situación en la que el oyente no puede ver la fuente, mientras que la escucha reducida es fruto de una actitud y, por lo tanto, depende del observador. Se comprende así fácilmente que la experiencia acústica facilite la escucha reducida.

Llegados a este punto, nos encontramos en disposición de empezar a escuchar de una manera distinta a como lo hacemos normalmente. Y podemos hacerlo en cualquier situación de la vida diaria. Eso es lo que proponemos al lector para nuestro recorrido, que escuche los sonidos de siempre de otra forma.

### El sonido en el espacio

El sonido es un fenómeno físico que se propaga en forma de ondas de presión. Es decir, las moléculas del aire transmiten el sonido chocando las unas contra las otras hasta que ese impulso llega a nuestro oído, de la misma forma que las ondas se propagan por el agua de un estanque hasta llegar a la orilla. Cuando una onda sonora choca contra una superficie -por ejemplo, una pared- una parte de la energía de ese sonido es absorbida en forma de calor y la otra es devuelta al espacio. Lo que determina qué parte del sonido se absorbe y qué parte es reflejada es, por un lado, el material del que está hecha esa superficie y, por el otro, su relieve, su forma, su porosidad. Dado que el sonido se desplaza a una velocidad relativamente lenta, la parte del sonido que rebota en una superficie lejana vuelve a nuestro oído con un retraso perceptible. El ejemplo más claro es el fenómeno del eco, en el que esa parte que nos es devuelta se disocia totalmente del sonido directo (sonido original que producimos al gritar) y se escucha como una repetición. Si, en cambio, nos encontramos dentro de una sala, el lapso de tiempo transcurrido entre la emisión del sonido directo y la respuesta es tan pequeño que nuestro oído ya no percibe una repetición, sino que percibe una continuidad en forma de resonancia o reverberación. Algo parecido sucede con la vista cuando vamos al cine: si los fotogramas de la filmación se suceden con suficiente rapidez, nuestra percepción los une para crear una continuidad.

Sin entrar demasiado en tecnicismos, podemos decir que los materiales porosos y blandos (cortinas, corcho, moquetas) tienden a retener una porción más importante del sonido que les llega, mientras que los materiales lisos y duros (el mármol y otras piedras pulidas, el metal) son mucho menos absorbentes. Dado que el sonido sigue rebotando hasta que se extingue su energía, puede ocurrir que un mismo sonido pase cientos de veces y en todas direcciones por nuestro oído, antes de desaparecer. Eso resulta en una mayor reverberación, que en el caso de los espacios cerrados, grandes y muy reflectantes (como por ejemplo una iglesia), puede llegar a durar varios segundos. Por otro lado, los materiales en los que el sonido rebota no sólo causan la disminución de su energía (es decir, después de impactar suena más flojo), sino que además afectan al timbre o a lo que comúnmente se llama el *color*.

La conclusión de todo esto es que cada espacio tiene una reacción única ante los sonidos que se producen en su interior, y de ahí, el interés que para nosotros tiene el recorrido propuesto.

Para terminar, una breve reflexión. La reverberación nos produce cierta sensación de irrealidad, nos distancia psicológicamente de la fuente, ya que generalmente los sonidos de nuestro entorno diario son más bien secos. En ese sentido, se comprende fácilmente que los espacios que pretenden erigirse como templos de poder o de acceso a lo místico (por ejemplo los palacios o las iglesias) sean espacios muy reverberados, transmitiendo así la sensación de inaccesibilidad, de algo que está en otro mundo o por encima de lo humano. Por supuesto que tanto la grandiosidad misma de un espacio como el que sus suelos, paredes y techos estén recubiertos de materiales de gran valor como el mármol (por otro lado altamente reflectante) sugieren ya de por sí, al visitante, esa separación de lo mundano, esa sensación de lujo inaccesible, esa sensación de estar visitando un centro de poder. Pero existen numerosos ejemplos que revelan la importancia que dan los arquitectos a la acústica de ese tipo de templos, produciendo en el visitante la sensación de encontrarse -por ser el sonido algo mucho más intangible que la imagen- ante algo mágico.

#### Algunos consejos finales para la escucha

Cuando nos encontramos ante la interpretación de una obra musical, sabemos de antemano que existe una consciencia detrás de ella. Tanto si se trata de una obra escrita, como si es música improvisada, saber que hay un pensamiento previo a nuestra escucha, de alguna manera, nos condiciona, porque nos sugiere que hay un mensaje que tiene que ser descifrado. Incluso en el caso de la música aleatoria de los años 60, el sólo hecho de estar firmada por un compositor condiciona nuestra escucha de manera importante, porque en el acto creativo siempre hay decisiones que tomar, por laxas o generales que éstas sean, y saber eso determina nuestra recepción del mensaje.

Ahora bien, el caso contrario no despierta, en principio, nuestro interés: ¿por qué tener una actitud de escucha ante algo que no ha sido pensado para ser escuchado? Si escuchamos los sonidos de la naturaleza o nos situamos en un espacio público y escuchamos el entorno sin tener la consciencia de que eso fue pensado para ser escuchado, estaremos ante una sucesión de sonidos que no tienen un por qué, que no cumplen una función dentro de un discurso, sino que simplemente se suceden, existen. Y precisamente ahí está el interés,

en saber que estamos observando un fenómeno en estado puro y no algo elaborado, que estamos asistiendo a lo que se conoce como paisaje sonoro (*soundscape*). Somos nosotros, entonces, los que decidimos construir -o no- un significado sobre aquello que escuchamos, pudiendo simplemente disfrutar de cada uno de los sonidos, en su aparición azarosa, o encontrar una lógica en su sucesión.

#### Ubicaciones de nuestro recorrido

Planteamos, a continuación, algunas ubicaciones de la ciudad de Roma que nos han parecido de especial interés. Proponemos al lector que, en el caso de los espacios cerrados, empiece a escuchar antes de estar dentro, fijándose en el cambio que se produce al entrar, es decir, en cómo ese espacio nos recibe y cuál es el contraste entre el exterior y el interior. Una vez dentro, puede buscar un sitio donde quedarse un rato y cerrar los ojos.

#### Basílica de San Pietro

[Piazza San Pietro. 00120, Ciudad del Vaticano]

Es uno de los espacios cerrados más grandes de la ciudad. Sus dimensiones y el carácter altamente reflectante de sus materiales hacen que, nos pongamos donde nos pongamos, recibamos rebotes de sonidos que provienen de todos los rincones, algunos ya más desgastados, otros más cercanos. Dado que normalmente hay bastante gente, la densidad de eventos sonoros es alta, pero al mismo tiempo no hay casi sonidos fuertes, por lo que nos vemos obligados a concentrar nuestra atención en lo sonoro, y nos parece que es una buena primera experiencia para ejercitar la escucha reducida.

#### Restaurante Trattoria Augusto

[Piazza Dè Renzi, 15. 00153, Roma]

En este restaurante hay siempre una gran actividad, por lo que el contexto sonoro es también muy denso. Nos situamos en la sala que hay entrando a la izquierda, al fondo. En una de las paredes hay una ventana que comunica directamente con la cocina, por lo que nos llegan los sonidos que se producen al abrir y cerrar las neveras, al limpiar los cubiertos, al pedir los platos, etc. Tenemos también los sonidos del interior del espacio, la gente hablando tranquilamente mientras disfruta de la comida totalmente ajena a toda esa actividad, los camareros tomando nota, la puerta de la entrada que se abre constantemente, etc.

### **Basilica San Andrea della Valle**

[Corso Vittorio Emanuele II. 00186, Roma]

Por estar situada enfrente de una calle muy transitada, se produce un fenómeno poco habitual: los sonidos de tráfico que hay en el exterior siguen presentes una vez dentro aunque, ahora, se oyen transformados por la reverberación de la sala. A medida que nos adentramos en ella, el sonido exterior se debilita (aunque nunca desaparece del todo) y cobran relieve los eventos sonoros que se producen dentro de la sala misma. Este no poder olvidarnos del exterior es algo muy poco habitual en los templos, y crea un contexto en cierta manera contradictorio que nos ha parecido muy interesante.

### **Auditorium Parco della Musica – Sala Santa Cecilia**

[Viale Pietro De Coubertin, 30. 00196, Roma]

Nos encontramos ahora en un espacio especialmente diseñado para controlar, no sólo la reverberación, sino todos los parámetros relacionados con la acústica. Los grandes paneles de madera que recubren el techo compensan el tamaño de la sala y la hacen menos reverberante de lo que podríamos esperar, tanto por su material como por su disposición, creando huecos entre ellos donde los sonidos quedan atrapados hasta morir (rebotando de un lado al otro de la cavidad). Eso provoca que el murmullo de la gente antes del concierto nos parezca lejano, y cuando empieza la música tenemos una gran sensación de intimidad con respecto al intérprete, porque nos llega mucho más fácilmente el sonido directo que las reflexiones de techo y paredes. La ropa del público actúa a su vez de absorbente, y eso potencia aún más este efecto.

### **Estatua de Garibaldi – Gianicolo**

[Passegiata di Gianicolo. 00165, Roma]

Si nos situamos en el mirador, enfrente de la estatua, tenemos una panorámica de toda la ciudad. De la misma manera que no hay barreras visuales para acceder a cualquier punto de ésta, tampoco hay barreras acústicas, por lo que tenemos una gran riqueza de planos sonoros, más cercanos, más lejanos. Eso cobra especial relieve si podemos visitar el lugar un domingo a las doce del mediodía, por ejemplo, ya que todas las campanas de Roma comienzan a sonar, y al no estar del todo sincronizadas, las escuchamos durante un lapso de tiempo de unos diez minutos. Provenientes de todos lados, cada una con su timbre particular (no hay dos campanas que suenen igual), crean un paisaje sonoro de gran belleza.